

# LA PALABRA\*

*Gonzalo Rojas\*\**

Un aire, un aire, un aire, un aire,  
un aire nuevo:  
no para respirarlo  
sino para vivirlo.

## C OMPAÑEROS Y AMIGOS:

Oscuro, oscuramente provinciano de Chile y, por lo mismo, medularmente chileno, estoy aquí para decir dos o tres cosas que pueden o no pueden importar, como autoanálisis y como testimonio.

Uno más entre ustedes, hubiera preferido el diálogo para no arrebatarme, ese diálogo que ha sido siempre mi instrumento de trabajo como poeta y hombre libre.

Pero diré lo mío ahora mismo, y como pueda. Voy aprendiendo cada día de mis errores.

Excesivo el honor, y ¡tanto!, al menos *publicante*, el más exiguo de los escritores chilenos. Al más empecinadamente larvario.

Pero lo asumo con responsabilidad y se lo entrego con modestia a cada uno de mis hermanos en este minuto de vernos y revernos.

\* \* \*

\* Artículo publicado en *Atenea* N° 380-381, 1958.

\*\* GONZALO ROJAS (1917). Poeta chileno, Premio Reina Sofía, José Hernández, Octavio Paz; Premio Nacional de Literatura.



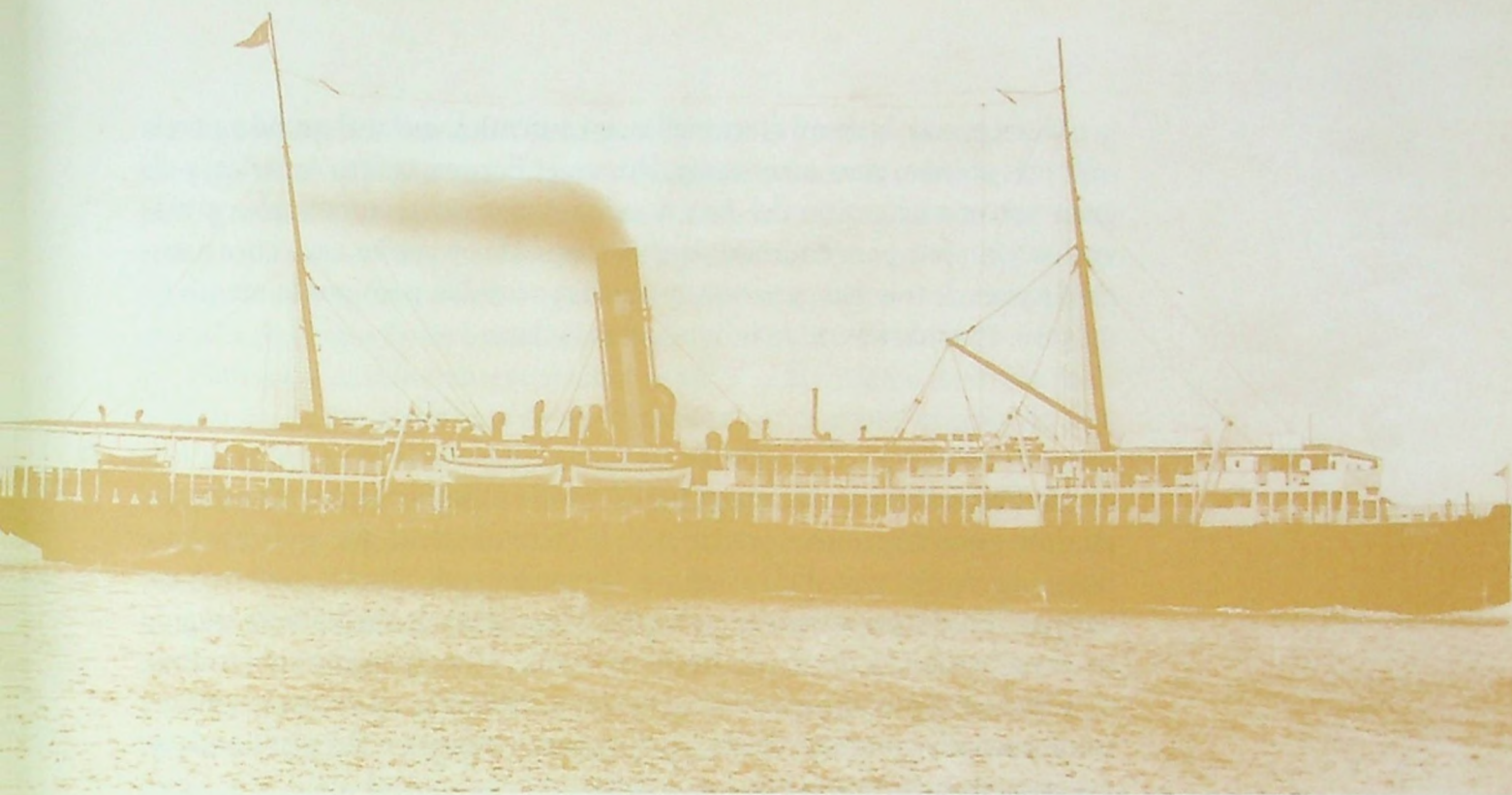
Gonzalo Rojas.

Echada la suerte, corto el vuelo en distintas direcciones y pienso que estoy en muchas partes al mismo tiempo.

Voy corriendo en el viento de mi niñez en ese Lebu tormentoso, y oigo, tan claro, la palabra “relámpago”. –“Relámpago, relámpago”–. Y voy volando en ella, y hasta me enciendo en ella todavía. Las toco, las huelo, las beso a las palabras, las descubro y son mías desde los seis y los siete años, mías como esa veta de carbón que resplandece viva en el patio de mi casa. Es el año 25 y recién aprendo a leer. Tarde, muy tarde. Tres meses veloces en el río del silabario. Pero las palabras arden: se me aparecen con un sonido más allá de todo sentido, con un fulgor y hasta con un peso especialísimo. ¿Me atreveré a pensar que en ese juego se me reveló, ya entonces, lo oscuro y germinante, el largo parentesco de las cosas?

Vivimos, gran Quevedo, vivimos tiempo que ni se detiene, ni tropieza, ni vuelve. Pero no dejo de tener diez años –qué voy a hacerle– y allí mismo está Dios, y la iluminación de lo absoluto, Larga niñez sagrada, fundamento de mis visiones. Visiones reventadas a los quince cuando se abre el abismo a mis pies, a mis costados, y estoy solo en el Hoyo igualmente absoluto. Exacerbación sensual, más que sensitiva. Animo de fuga. Y las muchachas, las radiantes muchachas prohibidas. ¿Dónde irás a parar? Vamos, vuela, sonámbulo. Chile es largo como el mundo. Hay que partir. Me embarco en Talcahuano lloviendo. Me voy a Iquique en el Fresia. Es mi segundo viaje al norte, siempre al norte, sin oler apenas Santiago, capital de no sé qué; me voy en el Fresia, de la Sudamericana de Vapores. Y empiezo a ver otro mundo desde mi litera. Al llegar al viejo puerto nortino, descubro que soy pobre, que hay injusticia y hambre. ¡Mi pasión por la justicia! Allí mismo escribo los primeros artículos en el diario *La Crítica*, con González Zenteno. Después de un año, quemado al sol por dentro y por fuera, vuelvo al sur y no piso ni de lejos este baile de Santiago, porque como sabemos el mar nos *pasa* por Valparaíso.

Camello, camello: hay que echarlo todo, en la joroba. A la universidad. Adiós, liceo. Santiago y sus encantos. No puedo, no quiero dormir. Estoy terriblemente lúcido y despierto. 1937, 1938, 1939. Contacto directo con los animales literarios. Huidobro y más Huidobro, el maestro a pesar suyo, quien vive a tres cuadras del viejo Instituto Pedagógico, a la altura del 26 por la Alameda. Guerra española. Amadísima España. Aparece Neruda en un mitin del Frente Popular, vestido de blanco. Los grupos literarios cavan sus trincheras: angurrientismo, lorquismo, huidobrismo, rokhismo hasta el amanecer. Entre seis –tres primero y después los otros– hicimos la Mandrágora, primer injerto del surrealismo en América, aunque otra y otra cosa Teófilo, Braulio, Enrique. Surrealismo, ¡y otra cosa!, Jorge Cáceres. No queremos ser únicamente poetas. Queremos vivir como poetas. Somos la levadura del demonio. –La belleza será convulsiva, o no será–, nos sigue diciendo André Breton desde París. Me gano el pan cuidando niños en el Internado Nacio-



Vapor "Fresia", Sociedad Marítima y Comercial R.W. James y Cía., Valparaíso, construido en 1889, en Greenock, 3.327 TRG.

nal Barros Arana. Duermo cada dos días. Tengo veinte años. Años duros y crueles. Aprendizaje, largo aprendizaje. Y algo demoledor: muere mi madre.

Pero no soy de aquí. No soy de esta cabeza equívoca, de este Santiago que no me significa. Vivir como poeta, pero ¡vivir! Al norte, al norte para siempre. A cada rincón de Chile para siempre. Nazco y renazco allá en la cordillera. Sigue tronando, al fondo de esas moles andinas, la Segunda Guerra Mundial. Ahora me gano el pan y el aire a tres mil metros, en ese remoto mineral nortino, encumbrado en la Sierra de Domeyko. Entero, arriba, en lo más alto de la nieve de Chile.

Trenes amados, carros de tercera, ¿me seguiréis llevando en las ásperas tablas de la suerte? Al norte, al sur, ¡hasta las islas! ¿Por qué el Reloncaví, por qué esos bosques? ¿Por qué otra vez y tan de golpe las piedras, la centella de Valparaíso?

¿Fueron siete años o un minuto los que dormí, velé, sufrí y amé en mi puerto desgarrado? Algo me trajo el viento el 48 en la edición más fea que se haya visto: *La miseria del hombre*, libro escrito a torrentes como mi alma.

Hasta volver, hasta volver por el oscuro azar siempre oscuro, al Concepción de los abismos, donde lloré de niño y adonde justo, justo por eso, no hubiera vuelto nunca. Así la rueda.

Así mi rueda, la de mi crecimiento, mi auténtica vuelta al mundo y no la otra más abierta, pero menos mía. Dos veces Europa, cuatro América, y alguna vez una extensión del Asia, y aviones, barcos, aviones vuelos y más vuelos. Uno sale por el mundo –qué es el mundo– y vuelve a su cauce natural después de muchas ganancias y muchas pérdidas, pero por lo menos en mi caso, aprende a verlo más hondo y más claro.

\* \* \*

Un libro contra la muerte. ¿Qué es un libro? Somos tantos y tantos los escritores que no creemos gran cosa en la literatura hasta que no se nos hace poesía necesaria, y yo diría *conducta*. Personalmente hubiera preferido callarme del todo, oscurecerme en la raíz, si la palabra no me hubiera exigido sacar esta visión, es decir, esta flecha incesante, esta expansión sin término.

Cambiar el mundo, querido Sartre, pero *cambiarlo*. Lo decimos contigo, con Rimbaud, con Marx, desde la palpitación y la respiración más honda de América, de esta América que *es la casa*.

Nos duele tu misma llaga: –“Desde hace unos diez años (1954) estoy como quien se despierta, curado de una larga y a la vez dulce y amarga locura, y no vuelve en sí de su asombro”.

Después has aclarado que tu locura fue buscar y buscar por más de cuarenta años el absoluto y tu despertar “el darte cuenta de las innumerables tareas pendientes, entre las cuales la literatura no goza de ningún privilegio”.

¿Tendremos todos el coraje para decir contigo que “la prevaricación”, la explotación del hombre por el hombre y la subalimentación relegan a un segundo plano a los males metafísicos, que son un verdadero lujo? ¿Para decir que “nos falta a menudo el sentido de la realidad”? Más o menos sartreanos por oficio y experiencia, también nos parece “inaudito que nuestra literatura no esté, toda ella, coloreada por el hambre del mundo, la amenaza atómica, la prevaricación del hombre”.

\* \* \*

Cambiar, cambiar el mundo. No le dejemos toda la iniciativa a los terremotos. En Chile, por lo menos.

Eso pensé el 58, en el enero más radiante que recuerdo, cuando –con el apoyo oficial de mi Universidad, pero en el fondo sin más que mi confianza y mi cabeza dura– volé una noche entre las nubes de Chile, sin plata y en la prisa de un avión destartado a golpear puertas y más puertas: las de mis compañeros de promoción, para abrir y dejar abierto desde entonces, el gran diálogo. ¿Dónde irían a estallar después esos encuentros germinantes; en qué provincia americana, al borde de qué Bío-Bío silencioso, en la vastedad andina u oceánica? Ese era mi sueño: la *poesía activa* y de ahí que nada

me importaran entonces los desdenes de tantos y tantos por mi larvario silencio, ni nada por eso que algunos llamaron mi desvío o desvarío.

Un método, un estilo nuevo que consistiera no tanto en interpretar nuestros problemas –el implacable *qué somos* de los adelantados de 1842–, por medio de esos análisis remotos y oblicuos, sino más bien en *vivir* una averiguación polémica de las ideas culturales y, por lo visto, literarias.

“Situación de la literatura nacional en 1958”. Ahí mi lema. Audacia, fuerte audacia. Bueno como para llamar dos veces “contingente” ese mismo año, si el viento nos era favorable. Todavía me zumban en las orejas las semanas vibradoras de Concepción y de Chillán. Sesenta escritores del 38 y del 50 ante el espejo lúcido de su oficio, y ante el otro espejo doloroso, el de su pueblo. Porque ése y ningún otro fue el sentido de los encuentros: un salto hacia el descubrimiento de nuestro propio ser, como individuos, como pueblo y como destino.

Alguna vez se ha dicho que ni los públicos incansables –a tres o cuatro sesiones diarias–, ni los observadores extranjeros, ni los lectores, vinieron a obtener la mejor fortuna en el episodio, sino los mismos escritores que hubieron de revisar muchos de sus puntos de vista, abriendo su horizonte a un conocimiento más y más claro de Chile. Caso hubo, y sorprendentes, de conversos a la gran causa del país, aunque –la verdad– nadie quiso convencer a nadie. Pero cuántos descubrieron de golpe que no estaban solos y, con ello, una conciencia más poderosa de su dignidad como escritores.

No todo fue, por cierto, del gusto de los críticos –¡los críticos!– que confunden literatura y pasatiempo y se ponen con descaro al servicio de las clases privilegiadas. No todo fue del gusto de la prensa, de la prensa de los avisos. Que por qué, que cómo. Que los escritores deben escribir y no cambiar ideas. –Qué tiene que ver el escritor con las ideas. ¡Los falsarios de siempre!

Y, claro, rascando los problemas del oficio llegamos a las médulas vivas del compromiso o, por lo menos, de la responsabilidad, cuando no llegamos a las médulas del hambre. Pero nadie habló de poner la pluma al servicio de los humildes o de los humillados, pues “el heroísmo no se consigue con la punta de la pluma”. Nos dijimos, eso sí, que era absurdo y cobarde desconocer la realidad y salimos de nuestras sesiones de trabajo con la evidencia de ser todos responsables ante todos.

Y siguió el obstinado. Después de tantos años de aislamiento, ¿tendríamos que seguir yendo a Europa, como me escribió Octavio Paz, para hablar de nuestro mundo latinoamericano? Hablar, ¡hablarnos en un diálogo semejante a los anteriores, aunque en un área más extensa!

De Europa justamente, y del Asia, venía yo ese invierno del 59, con la visión de Nueva York y México, y el desgarrón de cada pueblo americano. Proyecté entonces el encuentro tercero y mi Universidad hizo lo suyo con su grandeza y su espíritu libre desde siempre.

Prácticamente todos los países, es decir, sus más genuinos representantes elegidos sin discriminación alguna, fueron diciéndonos el hombre de esta América hasta los tuétanos, y otra vez la gran prensa y sus letrados nos dispararon sin piedad. ¿Qué sentido pudieron tener esos disparos sino rompernos la nuca?

Pero la experiencia del 62 voló más lejos que ninguna y fue capaz de darle al mundo una imagen cabal de América Latina, y una imagen del hombre; sin presiones ni Puntas del Este, ni del oeste.

El viento se llevó, con la hojarasca de los diarios, los miedos y las iras de los tontos, pues el remezón de ese verano de cincuenta cabezas poderosas y veraces sólo tienen parentesco en lo físico con los sismos que cada cierto tiempo ajustan y desajustan la geografía de Chile.

No me toca juzgar esta dimensión de mi trabajo, que para mí fue un trabajo primordialmente poético. El gran Alejo Carpentier comparó —él intervino en las cuarenta sesiones del ciclo americano y del ciclo sobre el hombre actual— las reuniones de la Universidad de Concepción con las de la Abadía de Pontigny. Reproducir en Chile, en 1962, esa atmósfera de libertad creadora y esclarecedora que se dio en Francia en la década del 20, es señal de que América Hispana está llamada a mejor destino en el mundo.

Algo hicimos, entre todos, amigos míos. Algo hicimos con lucidez y con coraje.

\* \* \*

Pero vivimos tiempo que ni se detiene, ni tropieza, ni vuelve. Las semillas estallan en el aire, y en esta hora de América, hasta el mismo absoluto tiene hambre de justicia. Los poetas tenemos hambre y sed de justicia.

Diálogos, diálogos y más diálogos en esta guerra caliente de las ideas, para asumir de una vez por todas la unidad real de nuestra historia.

Libros, libros y más libros que digan el ser contradictorio y unitario de nuestro desarrollo, o *subdesarrollo*.

Revistas, revistas vivas y creadoras; la polémica más allá de toda complacencia.

Talleres y más talleres, con fundaciones o sin ellas, pero abiertos, que no terminen en un pequeño claustro donde se juega al adjetivo o al adverbio y al cepilleo formalista. Si estuviera en mí, cambiaría el espíritu de los talleres y sembraría Chile y América de escritores y artistas a lo largo y a lo oscuro de sus parajes humanos más diversos. Así, en una suerte de ejercicio implacable con la realidad más ardiente y dolorosa, cada cual se exigía un trabajo más constructivo.

Sé como decía Breton, que el escritor no es el hombre de la adhesión total. Pero se también que la literatura, mucho antes de ser un fenómeno estético, es un instrumento de construcción de nuestra América.

Que vengan los críticos –los nuevos críticos y no más esos monologantes que hace ya cincuenta años vendieron su alma al diablo o al frígido hedonismo–; que vengan los jóvenes más lúcidos, capaces de volar lo más alto y lo más hondo de este gran oficio constructivo, y nos pregunten aquí mismo, en esta casa que es la suya y la mía: –¿Dónde anda el escritor del 65: por cuál de los lados de la suerte de Chile?

No. No hay escritor genuino que no postule hoy la creación y la revolución al mismo tiempo, una revolución *nuestra* y, por lo mismo, cabal. Pero dejemos que los decrepitos y los equívocos de siempre sigan durmiendo en el vaivén del terremoto.

\* \* \*

Corto el vuelo en distintas direcciones, y esto no es un discurso de nada sino las chispas de un largo sueño. O las del remolino.

Se nace así con el oleaje del Golfo: se entra y se sale. Se entra y se sale por la puerta de espuma del gran Golfo de Arauco. Allá abajo late el carbón y los mineros barretean toda la noche hasta el otro lado del mundo.

De eso vine, del roquerío suboceánico; y no me pidan la gracia de la luz que no tengo sino esta otra que centellea y trabaja en mi palabra.

Con ella –que es mi respiración más profunda– bajo y bajo, pero subo como el libérrimo Leonov que salta de su aire al no aire, y todavía regresa.

¿Qué hacemos los poetas sino esto, que ya empieza a cumplirse?

Cuando echamos un libro al mundo se nos premia o se nos castiga. Nos dicen que *sí*, y nos dicen que *no*, y hasta nos aplauden. ¡Las viejas trampas de la publicidad vergonzosa!

Otros se enfurruñan y se envenenan, y quisieran arrojarnos al precipicio del silencio.

Pero nada de esto significa gran cosa hasta que nuestra palabra no se nos impone a nosotros mismos como necesaria. Necesaria en cuanto fue capaz de tocar la realidad y sobretrascenderla. Personalmente entonces estoy por la verdadera poesía de circunstancia: la que salió de la realidad para volver a ella, es decir, para cambiarla.

¿Realismo, surrealismo, espacialismo?

La realidad detrás de la realidad, pero desde el relámpago. Te queda poco tiempo.

Vienes corriendo y eres el mismo niño, y ya no eres. Adiós. *Lo que de veras amas no te será arrebatado.*

Santiago de Chile, 14 de abril de 1965.

